

# REHABITAR LA UNIVERSIDAD\*

## REHABIT THE UNIVERSITY

Pablo Montoya Campuzano<sup>1</sup>

- \* Conferencia ofrecida por el escritor y profesor Pablo Montoya Campuzano en el auditorio 10-206 de la Universidad de Antioquia, en Medellín, el día 1 de marzo de 2022, en el marco del retorno a las aulas en la Facultad de Comunicaciones y Filología después de la pandemia por el covid-19.

**Cómo citar esta conferencia:** Montoya Campuzano, P. (2022). Rehabitar la universidad. *Estudios de Literatura Colombiana* 51, pp. 149-154.  
DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.350357>

- <sup>1</sup>  [pablo.montoya@udea.edu.co](mailto:pablo.montoya@udea.edu.co)  
Universidad de Antioquia, Colombia

Editores: Andrés Vergara Aguirre

Recibido: 04.03.2022

Aprobado: 09.06.2022

Publicado: 18.07.2022

**Copyright:** ©2022 *Estudios de Literatura Colombiana*. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)



Jamás pensé que me tocaría vivir una pandemia. Esta situación siempre la vislumbé en la lejanía. La lejanía territorial y la que otorgan las épocas. Consideraba que las grandes epidemias no tenían que ver con nosotros. Que como país teníamos más que suficiente con los males que nos agobian desde que esta república fue fundada: los políticos que nos dirigen, la vergonzosa desigualdad social, una comunidad humana envilecida por la violencia y la corrupción. Opinaba que las epidemias eran asuntos propios de la antigüedad y el medievo y otros períodos distantes del triunfo de la economía capitalista. Es paradójico lo que me había sucedido: yo, que no creo en la grandeza del neoliberalismo, terminé contagiado con el mensaje optimista de sus ideólogos e incluso de los intelectuales que apoyan incondicionalmente el libre mercado y su consumismo eufórico. Pensaba, en definitiva, que los virus ante la ciencia y la economía estaban vencidos.

La covid 19, sin embargo, llegó y, como se dice popularmente, nos movió el piso. Sin estar preparados para ello, tuvimos que vivir el confinamiento. Al principio fue como estrenar una condición nueva. Experimentamos, con una mezcla de emociones contrariadas, la parálisis planetaria. Ese movimiento

humano, que ninguna guerra ni ningún conflicto político había podido detener, se paró de pronto y, en consecuencia, presenciamos fenómenos magníficos: la disminución de la contaminación ambiental y la presencia de animales que habíamos expulsado de sus territorios. Pero también nos dimos cuenta de que nosotros, como especie, estábamos siendo asediados por un virus, y que, como especie, realizábamos algo parecido contra el equilibrio de la tierra. Experimentamos, en medio de este aislamiento obligatorio, la soledad y el miedo a que nos enfermáramos y muriéramos. En cuestión de días, comprobamos que la realidad y la ficción se abrazan de un modo sorprendente. Reconocimos, entre otras cosas, que comportamientos turbios manifiestos en algunas novelas distópicas planeaban entre nosotros. Vimos cómo ascendió, por un lado, el control político, el militar, el sanitario sobre muchas poblaciones del mundo; y por el otro, la manera irresponsable en que otros gobiernos dejaron al garete los sectores más desfavorecidos. En todo caso, fuimos obligados a aceptar, con la cabeza baja muchas veces, aunque intentando morder nuestros codos, toda una cartografía del totalitarismo y el abandono.

La tecnología, sin duda, nos preservó de una completa desesperación. Pero, del mismo modo, la información excesiva de las redes y los medios se nos vino encima como un aguacero. Ella, en realidad, moldeó la dimensión de nuestras expectativas. Hubo momentos en que nos sitió la confusión y la paranoia y permitimos, empujados por su ímpetu, que fuéramos manipulados hasta el descaro y lo irrisorio. Entendimos, asimismo, que no nos diferenciábamos mucho de las maneras en que los habitantes del pasado se comportaron frente al embiste de las epidemias. Como ellos, acudimos a las oraciones. Pero también, como ellos, despotricamos contra el destino y los dioses. Como había sucedido antes, obedecemos a la autoridad, pero también la transgredimos. Hasta tuvimos la suficiente fuerza y la necesaria dignidad para salir a protestar contra la incuria y la injusticia de los gobiernos. Y, sobre todo, contra este gobierno incapaz y brutal que posee la Colombia de estos días. Rechazos similares, lo sabemos, se presentaron en los momentos más álgidos de las pestes antiguas y medievales. Porque como las anteriores, el coronavirus se ensañó con los sectores sociales más humildes y ha terminado por dejar a los pobres más pobres y a los ricos más ricos. Pero cuando nos pusimos a interpretar las causas y a conjeturar las consecuencias de esta pandemia, como las gentes de ayer, no hemos podido llegar a un puerto seguro. Durante la peste negra los médicos de la Universidad de París conjeturaron que la causa de esa pandemia fue la conjunción de Saturno, Júpiter y Marte en la casa de Acuario dada un día de marzo de 1345. Las uni-

versidades del mundo de ahora no han logrado descifrar con precisión cuál es el origen de la Covid 19. Hemos pasado, en ese sentido, días y meses sumidos en la zozobra sin saber a quién creerle. Entonces, caído el velo de la arrogancia capitalista y su publicidad incesante, caímos de bruces en el núcleo de esa certeza que nos ha acompañado desde los tiempos más remotos: somos criaturas frágiles y perecederas. Ya lo decía Marco Aurelio, en medio de la primera de las grandes pestes que enfrentó su imperio: “Esto es todo lo que somos: un poco de carne, un breve hálito vital”.

Con todo, algo sí nos diferencia de esas poblaciones que fueron vapuleadas por la viruela, la peste bubónica, la gripa española y el sida. La Covid 19 tiene un porcentaje de mortalidad mínimo. Mientras la de la peste negra, por ejemplo, ascendió al 80% a mediados del siglo XIV, la de la actual pandemia no posee tanto vigor. ¿Por qué entonces las medidas extremas que padecemos? La respuesta tampoco la hemos encontrado todavía. Ahora bien, a diferencia de ese pasado y tantos manotazos dados en medio de la bruma, a nosotros nos ha acompañado la ciencia y la tecnología. Con lo problemático que estas dos disciplinas significan, y más aún cuando intuimos a qué límites pueden llegar cuando se confabulan con los grandes poderes hegemónicos, nos hemos apoyado en ellas. Una buena parte de la población del planeta ha depositado su confianza en las vacunas y, a través de las redes sociales y las plataformas virtuales, hemos logrado mantener la comunicación.

Como miembros de una gran universidad, esta doble coyuntura nos ayudó a seguir adelante. No cesamos del todo nuestras actividades y pudimos, en medio de las anomalías y limitaciones de la pandemia, dar nuestras clases, avanzar en las investigaciones, administrar los asuntos académicos. Tratamos, igualmente, de ayudar a los estudiantes más frágiles cuyas familias fueron golpeadas duramente por el coronavirus. No me cabe la menor duda de que las autoridades de la universidad, en medio del temor provocado por una emergencia desconocida, velaron sobre nuestra seguridad sanitaria. Y siempre celebraremos la solidaridad y la resistencia que, como comunidad, manifestamos durante el tiempo en que nuestros campus estuvieron clausurados.

Pero cómo pasar por alto los perfiles conflictivos de esa “educación” a la que tuvimos que recurrir. La relación física, base fundamental de los procesos de la enseñanza y el aprendizaje, se interrumpió del todo y caímos en el dominio absoluto de la tecnología y su imagen. Los intercambios cognitivos se vieron sometidos a una especie de tiranía de la virtualidad. Aunque parezca injusto con la idea de progreso que ofrece la ciencia y

la tecnología actualmente, creo que nuestro oficio asumió los perfiles de una coyuntura fría, por momentos tediosa, despojada del calor humano. Los estudiantes se nos volvieron invisibles. Una especie de circunstancia, literalmente espectral, ondeó en las clases que ofrecimos. Como jamás lo esperé, hoy puedo decir que he tenido estudiantes a los cuales no podré reconocer en la realidad. Estudiantes a quienes no les vi los cuerpos, ni sus vestimentas, ni pude detallar sus cabellos, sus frentes, sus risas, ni apreté sus manos ni recibí el brillo inquieto de sus miradas ante los temas que tratamos. Lo que quiero decir es que, desde los tiempos de la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles, del jardín de Epicuro y el Pórtico de los estoicos, pasando por los claustros de las universidades cristianas, musulmanas y judías y las casas madres de las comunidades indígenas y los palenques afro, hemos sido una comunidad de humanos cuya vida diaria ha girado en torno al compartir físico del conocimiento. Confieso que lo que me ha empujado a ser un constante aprendiz que enseña a los jóvenes, no es tanto el interés por el saber en sí mismo —es decir, por la hipótesis y la tesis, por el concepto y su enunciación, por el fenómeno que interpretamos—, sino el sentir la cercanía del otro, de compartir con él la regocijante y liberadora aventura del conocimiento. Por lo tanto, y luego del cierre de los campus universitarios y ser arrojados al mundo virtual, concluyo que una educación, ajena a la presencia del otro, es una educación aséptica y destinada al fracaso.

Regresar a la universidad significa salvarla de esa agonía y ese marasmo en que terminó convirtiéndose la educación. Y acaso después de esta ausencia de nuestros espacios queridos, hemos regresado con la idea de que esto no puede volvernos a suceder. Sin embargo, sabemos que cualquier cosa aciaga puede ocurrirnos como comunidad. Un nuevo flagelo, no importa de qué índole sea, puede condenarnos de nuevo al aislamiento y a la soledad. Por tal motivo, ondea en nosotros una inmensa incertidumbre. Incertidumbre que solo podemos conjurar con la esperanza y el humor, con la fraternidad y el amor, con la disciplina y la constancia de todos los días. En esta perspectiva, considero que este habitar otra vez la universidad debe estar impulsado y rodeado de entusiasmo.

Yo, particularmente, he vivido este regreso al campus sumergido en una emoción que quisiera compartirles. Cuando volví a la Universidad de Antioquia no me encontré con casi nadie. Los pasillos, las plazoletas, las cafeterías y los bloques estaban desprovistos de gente. Poco antes, justo luego de entrar, me había detenido en unos árboles que parecían darme la bienvenida. Eran unos tulipanes africanos que derramaban sus flores y su polen naranjado en el piso. Fue entonces cuando tuve la impresión de que

nuestro campus está como expelido por estos formidables seres vegetales. Me sentí apenado, un poco mezquino, sin embargo, porque durante esta ausencia de casi dos años, no les había enviado a los árboles de la universidad, un solo recuerdo. Así y todo, el corazón me palpitaba con fuerza y la sangre en mi cuerpo se estremecía. Empujado por tal reconocimiento, caminé el campus pendiente de los inmensos laureles, de las ceibas que son como una forma de la memoria y de la protección femenina, de los cauchos amplísimos y las palmeras esbeltas. Unos versos de Neruda me llegaron a los labios: “En la fertilidad crecía el tiempo”. La universidad, con su vegetación poderosa, me parecía exactamente eso: una fertilidad espléndida envuelta en el tiempo. Y era como si toda la luz de la ciudad, tal vez del país, quizás del planeta, estuviera concentrada en ella.

Después fueron apareciendo los animales. Una familia de titíes saltaba entre las ramas. Pequeñas iguanas, que habían nacido en medio de la pandemia, surcaban los senderos para esconderse entre los arbustos y los pedruscos. Las loras revoloteaban las altas arboledas como fulgores repentinos y escandalosos. Ellos, deduje, no habían dejado que nuestros campus fueran aplastados por la soledad y la desidia. Y me atrevo a suponer que fue esta fauna y esta vegetación la que animó, de alguna manera u otra, a los trabajadores que, poco a poco, empezaron a habitar estos espacios. Me detengo en estas consideraciones porque ellas podrían manifestar —de parte de un profesor que ama a su universidad por considerarla no solo su alma cognitiva, sino su refugio intelectual, su trinchera artística y su atalaya social— lo importante que es nuestro entorno para la educación. Muchas veces he agradecido a quienes diseñaron nuestros campus universitarios porque nos han hecho entender con sapiencia, y a lo largo de estos años, el papel que ocupamos nosotros, generaciones de profesores, estudiantes y empleados administrativos, frente a la vitalidad de la naturaleza.

Ese primer día, también me adentré por los corredores y subí escaleras y caminé por las terrazas. Pasé al lado de aulas y oficinas cerradas. Los bloques se veían fantasmales. Era evidente que, sin su humanidad, la arquitectura universitaria parecía envuelta en la tristeza. Pero estudiantes y profesores, desde hace un tiempo, están llegando y, dentro de poco, podremos reanudar una completa presencialidad. No quiero caer en los pensamientos opacos que me acompañaron durante los días del confinamiento. Ahora no es mi intención circundar lo sombrío, ni decir nada tortuoso. Solo quiero pensar que este re habitar la universidad significa que estamos más vivos que antes. Más llenos de fuerza e ilusión, más capaces de enfrentar las dificultades de los tiempos nuevos.

Muchos de nosotros hemos perdido a seres queridos durante la pandemia. A los miembros de la universidad que perecieron debemos homenajearlos y decirles a sus familias que aquí estamos. Que la vida, en los peores momentos de la historia de la humanidad, se ha empeñado en seguir. Que somos como las hormigas que, un instante después de que su morada ha sido devastada, empiezan a reconstruirla con una confianza tan admirable como inquebrantable. Pero, volver a la Universidad no solo consiste en retomar las clases y a partir de nuestra presencia física establecer una comunicación educativa más plena, más vigorosa, más genuina. Significa también fortalecernos en la defensa de lo que somos: una universidad pública. Esta lucha no puede minimizarse ahora cuando el capitalismo neoliberal cree haber salido, incólume y arrogante, en esta crisis generada por él mismo. Nosotros somos, además, una universidad laica, democrática, plural. Una comunidad académica crítica frente a la idea de que el conocimiento se convierta en una mercancía más, desprovista de su impulso libertario. Eso, el ansia de consolidar en nuestra alma la libertad de pensamiento, la libertad de cátedra, la libertad de expresión, es también a lo que hemos regresado.

En este rumbo, nuestro objetivo es conservar la universidad como un bastión de la resistencia y la dignidad intelectual. Y esta digna resistencia, a pesar de que la violencia política se ha ensañado contra nosotros, debe ser pacífica. Nuestro combate seguirá siendo, desde la ciencia y las humanidades, desde el deporte y las artes, por la adquisición de un tipo de saber en que la tolerancia y el respeto hacia los otros prevalezca. Debemos mantener en pie esta casa donde el debate, ajeno a los ultrajes y a las sandeces que pululan en las redes sociales, se establezca como consigna. Nuestra lucha, en definitiva, es por que este ámbito utópico que es nuestra universidad —utopía donde todas las expresiones del conocimiento se abracen y se confronten— siga adelante. Por esta razón, ahora que regresamos a la universidad, debemos preservarla de las energúmenas y las infatuadas, de los vulgares y los violentos. Nuestra responsabilidad ética, por un lado, es decirles no a los grupos armados. Decir que aquí abominamos de las armas. Manifestar que lo nuestro ha sido, desde los años más desalmados de nuestra historia académica, la bandera de la paz y jamás el estropicio de la guerra. Y, por otro lado, expresar nuestra solidaridad incondicional con quienes creen en la adquisición del conocimiento como un medio para superar las limitaciones personales y proyectarse hacia la construcción de una sociedad más justa, más inteligente, más capaz de superar las adversidades.